

CAPÍTULO 58

Cuando me fui de casa para vivir en el kibutz, a los quince años más o menos, escribí en un papel algunas decisiones irrevocables que me impuse como un examen en el que no podía fallar: si de verdad estaba dispuesto a iniciar una vida completamente nueva, debía empezar por conseguir broncearme en dos semanas para ser como ellos, dejar de una vez por todas de soñar despierto, cambiarme el apellido, ducharme con agua fría dos o tres veces al día, controlarme y acabar definitivamente y sin concesiones con esas indecencias nocturnas, no escribir más poemas, dejar de parlotear todo el día y de contarle historias a todo el mundo, y mostrarme en el nuevo lugar como una persona muy callada.

Después destruí la nota. Durante los cuatro o cinco primeros días conseguí evitar las indecencias y el parloteo: cuando me preguntaban, por ejemplo, si me bastaba con una manta o si estaba a gusto en clase sentado en la esquina junto a la ventana, respondía moviendo la cabeza, sin pronunciar ni una sílaba. A la pregunta de si me interesaba algo la política y si quería participar en el grupo de lectura de periódicos, contesté: ejem. Si se interesaban por mi vida anterior en Jerusalem, respondía con menos de diez palabras, que retenía a propósito durante unos segundos, como si estuviera inmerso en mis pensamientos, antes de contestar: que supiesen que era una persona cerrada, reservada, y que tenía un mundo interior propio. También en la cuestión de las duchas frías triunfé, aunque tan sólo haciendo un esfuerzo heroico era capaz de desnudarme en la ducha común de los chicos. También de la escritura, durante las primeras semanas, logré aparentemente liberarme.

Pero no de la lectura.

Después del trabajo y de las clases, los chicos del kibutz iban a pasar un rato con sus padres, cada día. Los externos se entretenían en el centro cívico o en la cancha de baloncesto. Cada tarde había distintas actividades: baile, por ejemplo, o lecturas de poemas, que yo evitaba para no hacer el ridículo. Cuando todos desaparecían, me tumbaba solo en la hierba delante de nuestro edificio, medio desnudo, me bronceaba y leía un libro hasta que se hacía de noche (me mantenía a

gran distancia de la habitación vacía y de la cama, pues allí me acechaba la indecencia y amenazaba con lanzarme todo su harén de Sherezades).

Al atardecer, una o dos veces por semana, al ponerme la camisa, examinaba frente al espejo el progreso del bronceado, me armaba de valor y me iba a la zona de los veteranos a tomar un vaso de jugo y un pedazo de bizcochuelo en casa de Hanka y Ozer Huldai, que se ofrecieron a ser mi familia adoptiva en el kibutz. Esa pareja de maestros, procedente de Lodz en Polonia, cargaron durante todos esos años con el peso de la vida educativa y cultural de Hulda. Hanka, que enseñaba en la escuela elemental, era una mujer firme y enérgica, tensa como un muelle, siempre rodeada por una gran aureola de abnegación y de humo de tabaco. Llevaba sobre sus espaldas todo el peso de la organización de las fiestas y celebraciones, de las bodas y banquetes, así como de las representaciones teatrales y de la formación de una tradición local rural y proletaria. Esa tradición, tal y como la veía Hanka Huldai, debía fundir el aroma del Cantar de los Cantares y el carácter hebreo de oliva y algarrobo de los bíblicos trabajadores de la tierra, y mezclarlos con las melodías del *shtetl* jasídico y los modales rústicos aunque amables de los sencillos campesinos polacos y el resto de los hijos de la naturaleza, que mamaban su ingenuidad, su pureza y su mística alegría de vivir directamente de la bendición de la tierra, al estilo de Knut Hamsun, que tenían bajo sus pies descalzos.

En cuanto a Ozer Huldai, Oizer, el director de las «clases de continuación» de secundaria, era un hombre cristalino, sólido, con la cara surcada por arrugas judías de dolor e ingenio irónico. A veces, durante un instante, pasaba entre sus atormentadas arrugas un destello pícaro y libertino, un destello de anárquica rebeldía. Era una persona flaca, afilada, de baja estatura, pero con un par de ojos de acero fascinantes y una presencia hipnótica. Estaba dotado de una arrebatadora facilidad de palabra y de un sarcasmo radioactivo. Irradiaba un afecto capaz de derretir a quien era expuesto a él, pero también tenía unos ataques de ira volcánica que sus víctimas no podían olvidar jamás, eran presas del terror del día del juicio final que Oizer sabía provocar a su alrededor.

Era agudo y competente como un profesor lituano, aunque también extático y ditirámico como un predicador jasídico, capaz de cerrar de repente los ojos con fuerza, agitarse y dejarse arrastrar como un loco por alguna canción de baile llena de

un fervor que llevaba a la transfiguración: *Yavoooneh-biiis-hamiq-dosh!*, o: «¡Volveremos a encender! ¡La tieerra! ¡Con una llaama verde!». En otro tiempo o en otro lugar, Oizer Huldai tal vez se hubiese convertido en un venerado «rabí» jasídico, en un «taumaturgo» cubierto de misterio y carisma, y rodeado de una estrecha corte de devotos atraídos por su hechizo. Podría haber llegado muy lejos si hubiese elegido ser político; era un tribuno popular que, al pasar, dejaba tras de sí una estela luminosa de admiración instintiva y de similar animadversión. Pero Oizer Huldai eligió vivir como un educador de kibutz, una persona estricta, de principios sólidos, compleja y, a veces, también tirana y despótica. Con una dosis similar de erudición y de entusiasmo casi erótico, como uno de esos «predicadores» que pululaban por los *shtetl*, nos enseñaba Biblia y biología, música del Barroco y arte del Renacimiento, la tradición rabínica y los fundamentos del pensamiento socialista, ornitología y horticultura, flauta y «la posición de Napoleón en la historia y su huella en la literatura y el arte europeos del siglo XIX».

Con el corazón palpitante entraba en el bungalow con un pequeño porche del bloque septentrional, al final de la zona de los veteranos, frente a la avenida de los cipreses: reproducciones de Modigliani y Paul Klee, así como un preciso dibujo, casi japonés, de una rama de almendro en flor, decoraban las paredes. Una pequeña mesa baja se escondía entre dos sencillos sillones, y sobre ella había un esbelto jarrón que contenía casi siempre una exquisita mezcla de ramas frescas en lugar de flores. Las ventanas estaban cubiertas por unas rústicas cortinas claras, bordadas a mano con un motivo que tenía cierto aire oriental, pero una orientalidad discreta y trabajada, como las canciones populares creadas aquí por compositores procedentes de Alemania, que anhelaban tocar el espíritu del Oriente árabe bíblico y mezclarlo con el de sus creaciones.

Cuando no estaba yendo y viniendo con paso acelerado delante de la casa, con las manos cruzadas a la espalda y el mentón levantado cortando el aire, Oizer Huldai estaba sentado en su rincón, fumando, tarareando y leyendo. O arreglando el marco de un cuadro. O balanceándose ante una página del Talmud. U observando una flor con su lupa y hojeando al mismo tiempo una guía botánica, mientras Hanka cruzaba con enérgico paso marcial la habitación, colocaba una servilleta, vaciaba y fregaba un cenicero con decisión y los labios apretados, ordenaba la esquina donde estaba la cama o recortaba hojas de colores con formas decorativas. Dolly me recibía

con dos o tres ladridos antes de que Oizer la hiciese callar dándole unas voces que retumbaban: «¡Qué vergüenza, Dolly! ¡Qué vergüenza! ¿A quién ladras? ¿A quién te atreves a alzar la voz?», o a veces también: «¡De verdad! ¡Dolly! ¡Estoy pasmado! ¡Me dejas pasmado! ¡Cómo has podido! ¡Cómo no te tiembla la voz! ¡Te avergüenzas a ti misma con un comportamiento tan bochornoso!».

La perra se encogía al oír esas acusaciones coléricas, se vaciaba como un perro hinchable que ha perdido el aire y, con las pocas fuerzas que le quedaban, se dirigía a donde la conducía su humillación y se metía debajo de la cama.

Hanka, por su parte, se alegraba de verme y se dirigía a un público invisible: «¡Miren! ¡Miren quién ha venido! ¿Un vaso de café? ¿Y bizcocho? ¿O una fruta?». Y mientras esas opciones aún flotaban sobre sus labios, como por el toque de una varita mágica, el café, el bizcocho y la cesta de frutas ya estaban sobre la mesa. Con humildad, pero también con una discreta y cálida alegría, me tomaba educadamente el vaso de café, probaba una fruta o dos, sin exagerar, y discutía alrededor de un cuarto de hora con Hanka y Oizer acerca de temas urgentes que no podían demorarse, como la pena de muerte, o si el instinto humano era bueno por naturaleza y sólo el entorno y la sociedad lo corrompían, o si, por el contrario, los instintos eran fundamentalmente malos y oscuros desde el nacimiento y sólo la educación podía en determinadas condiciones refinarlos. Las palabras «corrupción», «refinamiento», «carácter», «valores», «mejora» y «elevación» llenaban con frecuencia el espacio de aquella acogedora habitación, con sus blancas estanterías, tan diferentes a las de la casa de mis padres en Jerusalem, ya que aquí entre los libros había cuadros y figurillas, colecciones de fósiles y de flores secas, plantas cuidadas y un gramófono con un montón de discos.

A veces las conversaciones sobre el refinamiento y la corrupción, los valores, la liberación y la opresión estaban acompañadas del lamento de un violín o del débil gemido de una flauta: Shay, el niño de pelo rizado, se ponía de espaldas a nosotros en silencio y tocaba. O Ron hacía sonar su violín, el delgado Roni, a quien su madre siempre llamaba «el pequeño» y con quien era mejor no intentar hablar, ni siquiera preguntarle «qué tal», porque estaba siempre atrincherado en lo más profundo de su sonriente timidez y sólo algunas veces dejaba escapar una frase corta como «bien», o una frase más larga, como «sin problemas». Casi como la perra Dolly, que se refugiaba debajo de la cama, a cubierto de los gritos de su amo, hasta que pasase la tormenta.

A veces iba allí y me encontraba a todos los chicos Huldai, a Oizer, Shay y Roni, sentados sobre la hierba o en las escaleras del porche, como si fueran una banda de pueblo, estremeciendo el aire de la tarde con prolongadas y desgarradoras notas de flauta que me producían una placentera sensación mezclada con tristeza por mi nulidad, por mi sentimiento de extrañeza, porque ningún bronceado del mundo podría nunca convertirme de verdad en uno de ellos: siempre sería tan sólo un mendigo pegado a su mesa. Un externo. Una vulgar imitación jerosolimitana, si no un simple y mísero impostor (trasladé algo de ese exceso de sensibilidad a Azarías Gitlin en el libro *Un descanso verdadero*).

Al anochecer me iba con mi libro al centro cultural, la Casa Herzl, que estaba a las afueras del kibutz. En la Casa Herzl había una sala de periódicos donde cada tarde podías encontrar a algunos de los viejos solterones del kibutz, sentados y royendo, por orden, las páginas de los periódicos y los semanarios, y despedazándose unos a otros en acaloradas discusiones políticas que recordaban bastante las del barrio de Kerem Abraham, las de Stashek Rodnitzky, el señor Abramsky, el señor Krohmal, el señor Bar Yitzhar y el señor Lemberg («los viejos solterones» del kibutz tenían, cuando yo llegué a Hulda, unos cuarenta o cuarenta y cinco años).

Detrás de la sala de los periódicos había otra habitación casi desierta, llamada «sala de consulta», que a veces se utilizaba para las reuniones de la asamblea del kibutz o para celebraciones, pero normalmente, por la tarde, no había allí ni un alma. Polvorientas y desoladas tras los cristales de la vitrina había ahí filas y filas cansadas de volúmenes de *Hapoel Hatzair*, *Devar Hapoelet*, *Hasadeh*, *Orloguin* y *Davar*.

Ahí me iba cada día a leer un libro casi hasta la medianoche, hasta que se me cerraban los ojos. Y ahí también volví a escribir sin que nadie me viera, por vergüenza, por una turbia sensación de bajeza y de desprecio hacia mí mismo: me había ido de Jerusalem y había venido al kibutz no para escribir poemas y relatos, sino para nacer de nuevo, para dejar atrás los montones de palabras, para broncearme hasta los huesos y convertirme en un agricultor, en un trabajador de la tierra.

Pero enseguida me di cuenta de que, en Hulda, hasta los agricultores más agricultores leían libros por las noches y discutían sobre ellos durante todo el día: recogían olivas y, mientras, debatían encarnizadamente sobre Tolstoy, Plekhanov y Bakunin, sobre la revolución permanente en contraposición a la revolución territorial, sobre la socialdemocracia de Gustav Landauer y sobre la eterna tensión entre igualdad y libertad, y entre éstas y la cuestión de la fraternidad. Clasificaban huevos en el gallinero y discutían sobre la restauración del carácter rural de las antiguas fiestas de Israel. Podaban los viñedos e intercambiaban opiniones sobre arte moderno.

Algunos de ellos incluso escribían de vez en cuando relatos cortos modestos, sin que ello supusiera ninguna contradicción con su entrega a la agricultura ni con su absoluta dedicación al trabajo físico. Normalmente, escribían sobre los mismos temas de los que discutían durante todo el día, aunque en sus escritos, publicados cada dos semanas en el boletín local, se permitían a menudo algunas licencias poéticas entre un argumento incontestable y otro doblemente irrefutable.

Exactamente igual que en casa.

Yo quería darle la espalda, de una vez por todas, al mundo de la erudición y de las discusiones del que procedía, y resulta que iba de mal en peor: «como cuando uno huye de un león y se encuentra con un oso». Es cierto que en el kibutz las discusiones eran mucho más bronceadas que alrededor de la mesa del tío Yosef y la tía Tzipora, discusiones con visera, ropa corriente y pesadas botas. Y no se hablaba un hebreo solemne con acento ruso, sino un hebreo jocoso, impregnado de los fuertes aromas del idish galitziano o bessarábico.

Al igual que el señor Marcus, el dueño de la librería de la calle Jonás, que era a su vez la biblioteca de préstamo, también Sheftel, el bibliotecario, se compadecía de mi insaciable sed de libros. Me dejaba sacar sin límite, mucho más de lo que estipulaban las normas de la biblioteca que él mismo había redactado y mecanografiado con letras bien visibles en la máquina de escribir del kibutz, y colgado en varios lugares destacados de sus dominios, un lugar cuyo olor turbio y polvoriento, un olor a cola vieja y algas marinas, me atraía como la miel a las moscas.

Leí de todo en Hulda durante aquellos años: Kafka y Yigal Mosenson, Camus, Tolstoy y Moshé Shamir, Chejov y Natán Shaham, Brenner y Faulkner, Pablo Neruda, Hayyim Guri, Alterman, Amir Gilboa, Lea Goldberg, Shlonsky y E. Hilel,

Yizhar y Turgueniev, Thomas Mann, Jacob Wassermann y Hemingway, *Yo Claudio*, todos los volúmenes de las memorias de Winston Churchill, Bernard Lewis sobre los árabes y el islam, Isaac Deutscher sobre la Unión Soviética, Pearl S. Buck, los procesos de Nuremberg, la vida de Trotsky, Stefan Zweig, la historia del asentamiento judío en Eretz Israel y los orígenes de la saga escandinava, Mark Twain, Knut Hamsun, mitología griega, *Memorias de Adriano* y Uri Avneri. Todo. Excepto los libros que Sheftel no me permitía leer por mucho que le suplicase: *Los desnudos y los muertos*, por ejemplo (creo que, incluso después de casarme, Sheftel dudaba de si no era peligroso dejarme leer a Norman Mailer y a Henry Miller).

Arco de triunfo, la novela pacifista escrita por Erich Maria Remarque sobre la Primera Guerra Mundial, comienza con la descripción de una mujer sola, apoyada en la baranda de un puente desierto, en la oscuridad, y dudando por un instante si saltar al río para poner fin a su vida. Pero, justo en el último momento, un desconocido pasa por allí, se detiene, habla un rato con ella, la agarra del brazo con fuerza, le salva la vida y obtiene una apasionada noche de amor. Ésa era mi fantasía: exactamente así encontraría también yo el amor. Ella estaría triste junto a la baranda de un puente abandonado y melancólico, una noche de tormenta y, en el último instante, yo la salvaría de sí misma, mataría por ella a un dragón que ya no era un dragón de carne y hueso, como tantos que degollé durante mi infancia, sino un dragón interior que no era otra cosa que la propia desesperación.

Yo mataría por mi amada a ese dragón interior y recibiría de ella mi recompensa, y entonces, esa fantasía tomaba una dirección más dulce y terrible de lo que yo podía soportar. Aún no me imaginaba que la mujer desesperada que estaba junto a la baranda del puente no era otra que mi madre muerta, siempre ella. Ella y su desesperación. Ella y su dragón.

O *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway: cuatro o cinco veces leí, durante aquellos años, esa novela poblada por mujeres fatales y hombres taciturnos, de aspecto duro que, tras su severa apariencia, ocultaban un alma de poeta. Soñaba con ser, algún día, parecido a ellos; un hombre melancólico y lleno de fuerza, con un cuerpo de torero y un rostro cargado de desdén y tristeza: tal vez como el Hemingway de la foto. Y si no conseguía algún día ser como ellos, quizá lograra, al menos, escribir alguna vez sobre hombres así: hombres osados capaces de

ridiculizar y desdeñar, o darle, si es necesario, un buen puñetazo en la mandíbula a algún fanfarrón; que saben exactamente qué hay que pedir en un bar y qué hay que decirle a una mujer, a un rival o a un compañero de armas; que saben manejar un revólver y ser unos maravillosos amantes. Y también sobre mujeres sublimes, mujeres seductoras y delicadas, pero inaccesibles, mujeres enigmáticas y misteriosas, celosas de sus secretos, que regalan sus favores con generosidad y sin inhibición alguna, pero única y exclusivamente a hombres selectos capaces de ridiculizar y despreciar, beber whisky y dar puñetazos.

También las películas que se proyectaban cada miércoles en la sala de la Casa Herzl o sobre una tela blanca, en el césped, delante del comedor, eran un testimonio inequívoco de que el mundo estaba poblado mayoritariamente por hombres y mujeres al estilo de Hemingway. O al estilo de Knut Hamsun. Y así se describían también en las historias de los boinas rojas del kibutz, los soldados que llegaban directamente de las acciones de represalia de la unidad 101 con permiso de fin de semana, fuertes, engalanados con sus uniformes de paracaidista, armados con las UZI, custodios de quién sabe qué secretos, con bagaje, pesadas botas y chorreando juventud hebrea.

Prácticamente, desistí de escribir: para escribir como Remarque o como Hemingway tenía que irme al mundo verdadero, a lugares donde los hombres eran viriles como puños y las mujeres femeninas como la noche y como puentes tendidos sobre grandes ríos, y donde por la tarde centelleaban las luces de las tabernas, en donde de verdad estaba la vida verdadera. Quien no experimentara aquella vida, no podía obtener ni un permiso temporal para escribir relatos y novelas. El lugar de un auténtico escritor no estaba aquí sino allí, en el gran mundo. Si no me iba a vivir a un lugar verdadero, sencillamente no tenía ninguna posibilidad de disponer de algo sobre lo que escribir.

Un lugar verdadero: París. Madrid. Nueva York. Montecarlo. Las sabanas de África o los bosques de Escandinavia. Tal vez, se pudiera escribir incluso sobre una pintoresca ciudad provinciana de Rusia o sobre un *shtetl* judío de Galitzia. ¿Pero en el kibutz? ¿Qué había en el kibutz? ¿Un gallinero y un establo? ¿Dormitorios para niños? ¿Comités, turnos y un almacén para unas escasas provisiones? ¿Hombres y mujeres agotados que se levantaban al amanecer para ir a trabajar, discutían, se

duchaban, tomaban té, leían un poco en la cama y se dormían muertos de cansancio antes de las diez? Tampoco en Kerem Abraham, de donde me fui, me parecía nada digno de ser escrito: ¿qué había allí, excepto personas descoloridas con una vida gris y algo ajada? Más o menos como en Hulda. Me había perdido hasta la guerra de la Independencia: nací demasiado tarde y no me dejaron de ella salvo unas míseras migajas, llenar bolsas de arena, recoger botellas vacías y llevar notas corriendo desde el cuartel de la guardia nacional hasta el puesto de vigilancia que estaba en la azotea de la familia Slonimsky, y volver.

La verdad es que en la biblioteca del kibutz descubrí también a dos o tres escritores viriles que habían conseguido escribir relatos casi hemingwaianos sobre la vida del kibutz: Natán Shaham. Yigal Mosenson. Moshé Shamir. Pero ellos pertenecían a la generación que logró pasar clandestinamente inmigrantes y armas, que puso bombas en las comandancias británicas y repelió a los ejércitos árabes: las obras de estos escritores me parecían cubiertas de efluvios de coñac y tabaco, de olor a tierra quemada. Y todos vivían en Tel Aviv, que ya por entonces estaba más o menos ligada al mundo verdadero, una ciudad con cafés llenos de jóvenes artistas que charlaban mientras tomaban un vaso de vino, una ciudad con cabaret, escándalos, teatro y una vida bohemia llena de amores prohibidos empapados de desesperada pasión. No como Jerusalem y Hulda.

¿Quién había visto coñac en todo Hulda? ¿Quién había oído hablar alguna vez en el kibutz de mujeres atrevidas y de amores sublimes?

Para escribir como aquellos escritores viriles, primero tenía que ir a Londres o a Milán. Pero ¿cómo? Los agricultores sencillos de los kibutzim no se iban de repente a pasar temporadas en Londres o Milán para empaparse de inspiración creativa. Para tener la oportunidad de llegar a París o Roma primero debía ser famoso, es decir, debía escribir un libro célebre como los de esos escritores. Pero para escribir el libro célebre primero tenía que vivir en Londres o en Nueva York: un círculo vicioso.

Sherwood Anderson fue quien me sacó de ese círculo vicioso. Él «liberó mi mano». Toda mi vida le estaré agradecido por eso.

En septiembre de 1959 apareció en la colección Sifriah Laam de la editorial Am Oved el libro de Anderson *Winesburg, Ohio*, traducido por Aharón Amir. Antes

de leer ese libro, no sabía que existía Winesburg y no había oído el nombre de Ohio. Puede que recordara Ohai vagamente por *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. Y resultó que ese modesto libro me conmovió profundamente: una noche de verano entera, hasta las tres y media de la madrugada, estuve dando vueltas por los caminos del kibutz, presa de una febril emoción, ebrio, hablando solo, en voz alta, temblando como un enamorado, cantando y saltando, sollozando de miedo, de alegría y de exaltación: ¡Ahí está!

Al final de aquella noche, a las tres y media de la madrugada, me puse la ropa y las botas de trabajo, y corrí al cobertizo de donde sacábamos el tractor para ir a un terreno llamado Mansura a desbrozar los campos de algodón, tomé una azada del montón y estuve hasta el mediodía andando a lo largo de las hileras, adelantando a todos los grupos de desbrozadores como si me hubiesen salido alas: estaba feliz, corría, escardaba y bramaba, corría, escardaba y me hablaba a mí mismo y a las colinas y al viento, escardaba y hacía promesas, corría entusiasmado y llorando.

Todo el libro *Winesburg, Ohio* es una serie de relatos y episodios que surgen unos de otros y están relacionados entre sí, principalmente porque todos se desarrollan en un pueblo perdido, mísero y olvidado de Dios: personas pequeñas llenan el libro, un viejo carpintero, un joven aturdido, el dueño de una pensión y una sirvienta. Los distintos relatos están relacionados también por el hecho de que los personajes pasan de una historia a otra: los protagonistas de un relato vuelven a aparecer como personajes secundarios en otros.

Los acontecimientos sobre los que gira *Winesburg, Ohio* son todos insignificantes y cotidianos, configurados a partir de cotilleos locales o de pequeños sueños que no llegan a materializarse: un viejo carpintero y un viejo escritor charlan sobre la altura de una cama, y un joven soñador llamado George Willard, que trabaja de reportero en prácticas en el periódico local, escucha la conversación y saca sus conclusiones. Hay también un viejo excéntrico llamado Bidlebaum y apodado «Bidlebaum Ala». Y una muchacha alta y morena que, quién sabe por qué, se casó con un tal doctor Rifi pero murió al cabo de un año. Y Abner Groff, el panadero, y también el señor Percival, «un hombre grande y con la boca caída, coronada por un bigote rubio, que siempre llevaba un chaleco blanco sucio en cuyos bolsillos despuntaban varios cigarros negros, finos y baratos», y otros personajes similares, tipos de los que, hasta esa noche, jamás hubiera pensado que tenían un puesto en la literatura salvo, tal vez, como personajes secundarios que, a lo sumo, provocan, en el

lector, medio minuto de risa mezclada con compasión. Y resulta que, en el centro de cada uno de los relatos de *Winesburg, Ohio*, había pobres y personas que en mi opinión estaban muy por debajo de la dignidad literaria; por debajo del mínimo aceptable. Las mujeres de Sherwood Anderson no eran atrevidas en absoluto, ni tampoco misteriosas y seductoras. Los hombres no eran valientes ni pensadores taciturnos, y tampoco estaban rodeados de humo y viril melancolía.

Los relatos de Sherwood Anderson me devolvieron, así, lo que había dejado a mis espaldas cuando me fui de Jerusalem, o no lo que había dejado a mis espaldas, sino mejor dicho la tierra por la que habían caminado mis pies durante toda mi infancia y que ni una sola vez me había molestado en inclinarme y tocar: el deterioro que rodeaba la vida de mis padres. El ligero olor a engrudo y a arenques que acompañaba siempre al matrimonio Krohmal, los que arreglaban juguetes y pegaban muñecas. El piso oscuro y lúgubre de la Maestrazelda con el aparador de fórmica descascarillado. La casa del señor Zarhi, el escritor enfermo del corazón, cuya mujer, Ester, siempre sufría de migrañas. La cocina ennegrecida de Tzarta Abramsky y los dos pájaros que Stashek y Mala Rodnitzky criaban en una jaula en su habitación, el anciano pájaro desplumado y el pájaro hecho con una piña. La bandada de gatos domésticos de la Maestraisabelnajlieli, y Getzel, el marido de la Maestraisabel, el cajero boquiabierto del almacén. Y también Stach, el viejo y apenado perro de trapo de la abuela Shlomit, ese perro con ojos de botones melancólicos al que metía bolas de naftalina por miedo a las polillas y a quien golpeaban con crueldad para quitarle el polvo, hasta que un día se hartaron de él, lo envolvieron en un viejo papel de periódico y lo tiraron a la basura.

Entendí de dónde venía: de una madeja recelosa de tristeza y fingimiento, de nostalgia, burla, ofensa e importancia provinciana, de educación sentimental, ideales anacrónicos, miedos ahogados, resignación y desilusión. Una desilusión agria, casera, de lugares donde pequeños embusteros se hacían pasar por peligrosos terroristas, por héroes que luchaban por la libertad, desdichados encuadernadores que susurraban fórmulas de redención universal, dentistas que hablaban en secreto a todos los vecinos sobre su correspondencia personal y continua con Stalin, profesoras de piano, niñeras y amas de casa que por las noches se revolvían con lágrimas en sus lechos ansiando una vida artística llena de sentimiento, escritores compulsivos que mandaban continuamente cartas estremecedoras al director de

Davar, panaderos envejecidos que veían en sueños a Maimónides o a Baal Shem Tov, dirigentes sindicales cerrados y virtuosos que lanzaban miradas laboristas al resto de los vecinos del barrio, tenderos o taquilleros de cine que noche tras noche escribían poemas y relatos.

También en el kibutz Hulda vivía un establero experto en la historia del movimiento anarquista de Rusia, y teníamos un profesor que una vez había ocupado el octogésimo cuarto puesto de la lista de candidatos del Mapai para la segunda legislatura, y una hermosa modista, amante de la música clásica, que cada tarde dibujaba los paisajes del pueblo de su infancia en Bessarabia, tal y como los recordaba antes de que el pueblo fuera destruido. Y había también un solterón a quien le gustaba sentarse solo por la tarde, en el banco, a tomar el aire y mirar a las niñas pequeñas, y había un conductor de camionetas, con una agradable voz de tenor, que soñaba con una vida de cantante de ópera, y dos ideólogos entusiastas que llevaban veinticinco años burlándose y mofándose el uno del otro, por escrito y de palabra, y una mujer que de joven fue la reina de la clase en Polonia y una vez incluso fue captada por las cámaras del cinematógrafo, y que ahora se pasaba el día sentada con un delantal grasiento en un tosco taburete detrás del almacén de aprovisionamiento, gorda, con la piel enrojecida, descuidada, limpiando inmensos montones de verduras y secándose de vez en cuando la cara, con un pico del delantal, una lágrima o sudor, o ambas cosas.

El libro *Winesburg, Ohio* me hizo descubrir, de pronto, el mundo visto por Chejov, aun antes de tener la ocasión de descubrir al propio Chejov: se acabó el mundo visto por Dostoievsky, Kafka y Knut Hamsun, y también por Hemingway y Yigal Mosenson. Se acabaron las mujeres misteriosas sobre los puentes y los hombres con las solapas levantadas envueltos en el humo de las tabernas.

Ese modesto libro fue, para mí, como la revolución de Copérnico al revés: Copérnico descubrió que nuestro mundo no era el centro del universo, como se había pensado hasta entonces, sino tan sólo un planeta más del sistema solar. Mientras que Sherwood Anderson me abrió los ojos para escribir lo que tenía a mi alrededor. Gracias a él comprendí, de pronto, que el mundo escrito no depende de Milán ni de Londres, sino que gira siempre alrededor de la mano que escribe en el lugar en el que escribe: donde tú estás, está el centro del universo.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

En Hulda había una sala de consulta desierta detrás de la sala de los periódicos, en la planta baja del centro cultural a las afueras del kibutz. En esa sala de consulta abandonada elegí una mesa en un rincón. Allí abría, cada tarde, el cuaderno marrón del colegio donde ponía «Para todo» y «Cuarenta hojas». Junto al cuaderno ponía un bolígrafo Globus, una lapicera con una goma en el extremo y una taza de plástico de color beige llena de agua tibia de la canilla.

Ése era el centro del mundo.

En la sala de los periódicos, al otro lado de la fina pared, Moishe Kalker, Alioshka y Alek discutían acaloradamente sobre el discurso de Moshé Dayán, un discurso con el que había «tirado una piedra a la ventana del quinto piso»: tres hombres no muy guapos y no muy jóvenes, que debatían sin parar con la letanía casuística de los estudiantes de las escuelas rabínicas. Alek, un hombre decidido y enérgico, intentaba siempre interpretar el papel de «la persona sociable que habla con sinceridad y sin ningún complejo». Estaba casado con una mujer enfermiza llamada Zushka, pero se pasaba la mayoría de las tardes con los solteros. En vano intentaba insertar entre Alioshka y Moishe Kalker la frase: «Un momento, ninguno de los dos tiene razón del todo», o: «Por favor, por favor, déjenme sólo que les diga algo que acabe con esta discusión».

Ni Alioshka ni Moishe Kalker tenían familia, y en casi ningún tema estaban de acuerdo, pero a pesar de ello apenas se separaban en toda la tarde: comían juntos en el comedor, paseaban juntos e iban juntos a la sala de los periódicos. Alioshka era tímido como un niño, tenía la cara redonda, era sonriente, humilde, bondadoso, sólo sus ojos desconcertados estaban siempre dirigidos hacia el suelo, como si su propia vida fuera algo vergonzoso y deshonoroso. Pero, a la hora de discutir, Alioshka se acaloraba de repente, se llenaba de ira y empezaba a echar chispas con los ojos casi fuera de las órbitas. Su rostro infantil y compasivo adquiría, durante las discusiones, una expresión no de ira sino de pánico y ofensa, como si sus propias opiniones lo hicieran sentirse humillado.

En cambio Moishe Kalker, el electricista, era un hombre sutil y mordaz, colérico, a la hora de discutir te hacía muecas y guiños casi transgresores, con arrogante malicia, te sonreía y volvía a guiñarte el ojo, disfrutando con maldad mefistofélica, como si durante toda su vida hubiese estado buscando, y por fin lo

hubiese encontrado, el lugar donde se ocultaba en ti un muladar pernicioso que hasta entonces habías conseguido ocultarles a todos pero que no podías ocultarle a él, pues sus ojos traspasaban tu máscara y gozaban del lodazal pantanoso que había aparecido en tu interior: todos te consideran una persona honesta y decente, pero tú y yo conocemos bien la detestable verdad, aunque casi siempre logres esconderla tras cientos de velos. Lo veo todo, amigo, todo, hasta tu más íntima naturaleza, que provoca escalofríos, todo está ante mis ojos y todo eso sólo me causa placer.

Alek intentaba calmar con un lenguaje moderado las discusiones entre Alioshka y Moishe Kalker, pero los dos rivales se unían al instante contra él y le reprochaban que, según ellos, él, Alek, ni siquiera comprendía cuál era el tema de discusión.

Alioshka decía:

–Perdona, Alek, pero es evidente que no hablamos el mismo idioma.

Moishe Kalker decía:

–Tú, Alek, cuando todos estamos comiendo de la adafina, te pones a cantar el himno nacional, y cuando llega la fiesta de Tishá Beav, para ti sigue siendo Purim.

Alek se ofendía y se disponía a irse, pero los dos solteros, como de costumbre, se empeñaban en acompañarlo hasta su casa y en seguir discutiendo un rato más, y él, como siempre, los invitaba a pasar: Por qué no, Zushka se pondrá muy contenta y tomaremos un té caliente, pero ellos rehusaban dándole las gracias. Siempre rehusaban. Llevaba años y años invitándolos a un vaso de té en su casa después de la sala de los periódicos: Pasen, pasen un rato, nos tomaremos un vaso de té, por qué no, Zushka se pondrá muy contenta, y durante todos esos años rehusaron siempre dándole las gracias. Hasta que una vez...

Así escribiría las historias.

Y como ya era de noche y muy cerca de la valla aullaban chacales hambrientos, los introduciría en la historia. Por qué no. Que lloraran un poco bajo las ventanas. Y también al vigilante nocturno, que había perdido a su hijo en una de las acciones de represalia. Y también a la viuda chismosa, a quien a sus espaldas llamábamos la viuda negra. Y los perros ladrando y el movimiento de los cipreses,

que se agitaban ligeramente con el viento en la oscuridad y que, con ese movimiento, me parecían por un instante una fila de gente rezando en voz baja.

Ése fue el tesoro que recibí de manos de Sherwood Anderson. Y, una vez, tuve la oportunidad de devolverle un céntimo o dos de mi deuda: allí, en Estados Unidos, el extraordinario Sherwood Anderson, coetáneo de William Faulkner, casi había caído en el olvido. Sus libros solamente pululaban por algunos departamentos de inglés. Y resulta que, hace unos años, recibí una carta de la editorial Norton: tenían intención de reeditar una colección de relatos de Sherwood Anderson titulada *Muerte en los bosques y otros relatos*, y habían oído el rumor de que yo me contaba entre sus admiradores, por lo tanto, tal vez, haría el favor de escribir dos o tres líneas promocionales para la cubierta del libro.

Era como si, supongamos, a un violinista ambulante de repente le pidieran permiso para utilizar su nombre con el fin de divulgar la música de Bach.

CAPÍTULO 59

Y había en el kibutz Hulda una cuidadora, o una educadora de primer curso, la llamaré Orna, una maestra contratada, de unos treinta y cinco años, que vivía en la última habitación de uno de los viejos pabellones. Todos los jueves, se iba a ver a su marido, y volvía al trabajo en Hulda los domingos por la mañana temprano. Una vez nos invitó, a mí y a dos chicas de mi clase, a ir a su casa, por la tarde, para hablar sobre los poemas del libro *Las estrellas están fuera* y escuchar con ella el concierto para violín y orquesta de Mendelssohn y la octava de Schubert. El gramófono estaba sobre un taburete de mimbre, en un rincón de la habitación, donde también había una cama, una mesa, dos sillas, una cafetera eléctrica, un armario cubierto con una cortina de flores y la carcasa de un proyectil, que hacía las veces de jarrón, con un ramo de cardos color violeta.

Orna había colgado en las paredes de la habitación dos reproducciones de Gauguin, unas mujeres tahitianas gruesas y adormiladas, medio desnudas, así como algunos bocetos a lápiz hechos por ella misma y que había enmarcado con sus propias manos. Quizás, por influencia de las pinturas de Gauguin, Orna también había dibujado figuras femeninas desnudas, rellenas, tumbadas o de espaldas. Todas esas mujeres, las mujeres de Gauguin y las mujeres de Orna, parecían satisfechas y relajadas, como después del placer. Y a pesar de todo, por su postura, parecían dispuestas a seguir dando placer a quien aún no estuviese satisfecho.

En la estantería de los libros, a la cabecera de la cama de Orna, encontré las *Rubaiyat* de Omar Khayyan y *La peste* de Camus, y al lado estaban *Peer Gynt*, Hemingway y Kafka, así como los poemas de Alterman, Rahel, Shlonsky, Lea Goldberg, Hayyim Guri, Natán Yonatan y Zerubavel Gilead, los relatos de Yizhar, *La senda de un hombre* de Yigal Mosinson, *Poemas de cada mañana* de Amir Gilboa, *Tierra del mediodía* de E. Hilel y *La luna nueva* y *Regalo de amor* de Rabindranath Tagore (y unas semanas más tarde, con mi mísero dinero de bolsillo, le compré a Orna *Luciérnagas* y le escribí una afectuosa dedicatoria donde aparecía también la palabra «conmovido»).

Orna tenía los ojos verdes, el cuello fino, una voz melodiosa acariciante, unas manos pequeñas y unos dedos delicados, pero unos pechos llenos y turgentes y unas

caderas robustas. Normalmente, tenía la cara seria y tensa, pero esa expresión cambiaba de golpe cuando se reía: su sonrisa era cautivadora, casi insolente, similar al ligero guiño de un ojo, como si te entendiera, viera todos tus secretos y te perdonase. Llevaba las axilas rasuradas, pero no de modo uniforme, parecía que había sombreado una de ellas con su carboncillo. Cuando estaba de pie, Orna solía apoyar todo su peso en la pierna izquierda, y así, sin darse cuenta, arqueaba la cadera derecha. Le gustaba opinar sobre el arte y la inspiración, y encontró en mí un devoto oyente.

Unos días más tarde, saqué fuerzas de flaqueza, me armé con el volumen de los poemas *Hojas de hierba* de Walt Whitman, en la traducción de Halkin (del que le había hablado a Orna la primera tarde), y volví a llamar a su puerta, en esta ocasión, solo. Unos diez años antes iba corriendo así a la calle Sofonías, a casa de la Maestrazelda. Orna llevaba un vestido largo, abrochado delante con una larga fila de botones. El vestido era de color crema pero la luz eléctrica, a través de la pantalla de rafia naranja, le daba un tono rojizo. Cuando Orna se ponía entre la lámpara y yo, la silueta de sus caderas y la línea de sus bragas se transparentaban. En esa ocasión, puso en el gramófono *Peer Gynt* de Grieg. Se sentó a mi lado, encima de la cama cubierta por una colcha oriental, y me explicó cuáles eran los sentimientos que cada pieza evocaba. Yo, por mi parte, le leí poemas de *Hojas de hierba* y conjeturé sobre la influencia de Walt Whitman en la poesía de E. Hilel. Orna me peló unas mandarinas, me dio un vaso de agua fría de una jarra de barro con tapa y me puso la mano encima de la pierna, indicándome, así, que dejara de hablar un momento; entonces me leyó un sombrío poema de Uri Zvi Greenberg, pero no del libro *Las calles del río*, del que a mi padre le gustaba recitar con ímpetu, sino de un libro que no conocía y que tenía un extraño nombre: *Anacreonte al borde de la aflicción*. Después me pidió que le hablara un poco de mí y yo no supe qué decir, farfullé un puñado de ideas confusas sobre la belleza, hasta que Orna volvió a ponerme la mano en la nuca y dijo: Basta, quedémonos un rato en silencio. A las diez y media me levanté, me despedí y me fui a dar una vuelta bajo la luz de las estrellas entre los almacenes y los gallineros, feliz porque Orna me había invitado a volver, alguna tarde, pasado mañana, o incluso mañana mismo.

Al cabo de una semana o dos, ya corría el rumor por el kibutz, y algunos me llamaban «el nuevo novillo de Orna». Tenía varios pretendientes, o contertulios,

pero ninguno de ellos tenía apenas dieciséis años y ninguno de ellos sabía recitar de memoria, como yo, los poemas de *La alegría de los pobres* y *Rayo de la mañana*. A veces, alguno de sus pretendientes esperaba en la oscuridad, entre los eucaliptos delante del pabellón: esperaba a que yo saliera de su habitación. Y yo, con una punzada de celos, me quedaba a la sombra del seto y podía verlo entrar en la habitación donde Orna acababa de prepararme un café bien cargado y de decirme que era «extraordinario», y también me había dejado fumar con ella un cigarro a pesar de que aún era un joven parlanchín de undécimo curso. Me quedaba allí cerca de un cuarto de hora, una sombra entre las sombras, hasta que apagaban la luz.

Una vez, ese mismo otoño, fui a las ocho de la tarde a la habitación de Orna y no estaba, pero, como la luz de la lámpara se filtraba, naranja opaco, a través de las cortinas echadas y la puerta no estaba cerrada con llave, entré y me tumbé en la alfombra a esperarla. Estuve esperando un buen rato, hasta que las voces de los hombres y las mujeres en las terrazas se fueron reemplazando por los sonidos de la noche, el llanto del chacal, el ladrido de los perros, el mugido de las vacas a lo lejos, el chapoteo de la lluvia y los coros de ranas y grillos. Dos polillas se escondieron entre la bombita y la pantalla naranja rojiza de la lámpara. Los cardos del florero-proyectil dibujaban una especie de sombra fragmentada sobre las baldosas y la alfombra. Las mujeres de Gauguin que estaban en la pared, y los bocetos desnudos que Orna había dibujado a carboncillo, hicieron que de repente me pusiera a conjeturar sobre cómo sería su cuerpo sin ropa en la ducha y ahí, sobre la cama, por las noches, cuando yo me iba y no se quedaba sola, sino tal vez con Yoav, o con Mandi, a pesar de que en alguna parte tenía un marido, oficial de carrera, en el ejército.

Sin levantarme de la alfombra, descorrí la cortina que cubría su armario y vi ropa interior, ropa de distintos colores y un camisón de nylon, casi transparente, de color melocotón. Tumbado en la alfombra como estaba, mis dedos tocaron ese melocotón y mi otra mano se vio obligada a acercarse a la colina de mis pantalones mientras mis ojos se cerraban; sabía que debía parar debía parar pero no al instante sólo un poco más. Al final, justo en el último momento, me detuve y, sin apartar los dedos del melocotón ni la mano de la colina, abrí los ojos y vi que Orna había entrado sin que yo me percatara y estaba descalza mirándome en un extremo de la alfombra, con todo el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda, la cadera derecha

un poco elevada, una mano sobre esa cadera y la otra acariciándose el hombro bajo el pelo suelto. Se quedó mirándome con su sonrisa cálida y traviesa en los labios, y sus ojos verdes se reían como diciendo: ya lo sé, ya sé que ahora lo que más deseas es morirme aquí mismo, y sé que estarías menos aterrado si ahora en mi lugar estuviese aquí un asesino apuntándote con una ametralladora, y sé que ahora, por mi culpa, eres la persona más desgraciada del mundo, ¿pero por qué ser tan desgraciado? Mírame, yo no estoy aterrada por lo que he visto al entrar en la habitación y tú, deja ya de ser tan desgraciado.

Estaba tan aterrado y desesperado, que cerré los ojos y me hice el dormido, así tal vez Orna me creería, pensaría que no había pasado nada, que sólo había ocurrido en sueños y, si había sido soñando, yo era culpable y detestable, pero mucho menos detestable que si lo hubiese hecho despierto.

Orna dijo: Te he interrumpido. Y en vez de reírse añadió: Perdón, lo siento, y de repente, como en broma, empezó a mover las caderas con un complicado paso de baile y dijo que no, que de hecho no lo sentía realmente, que en el fondo le había gustado verme pues, en mi cara, en esos momentos, había una mezcla de dolor y de luz. Y, sin decir nada más, empezó a desabrocharse los botones, del primero al último, y se quedó delante de mí para que la mirara y continuase. Pero cómo iba a hacerlo. Cerré los ojos con fuerza y luego parpadeé y luego la miré, su alegre sonrisa me rogaba que no tuviera miedo, qué pasa, no está prohibido, y su pecho turgente también parecía rogarme, y luego se puso de rodillas sobre la alfombra, a mi derecha, y apartó mi mano de la colina de mis pantalones y puso la suya y luego abrió y liberó y una estela de chispas punzantes como una densa lluvia de meteoritos recorrió todo mi cuerpo y volví a cerrar los ojos pero no antes de ver cómo se tumbaba de lado y luego se puso encima de mí y dirigió mis manos, aquí y aquí, y sus labios me tocaron la frente y me tocaron los ojos cerrados y luego tomó con la mano y me hundió por completo y al instante sentí en lo más profundo del cuerpo como truenos mórbidos e inmediatamente después un rayo que me partió y como las paredes de la casa eran muy finas Orna tuvo que taparme con fuerza la boca y cuando pensó que ya estaba y levantó la mano para dejarme respirar tuvo que apresurarse a sellarme de nuevo los labios porque aún no estaba. Y luego se rió y me acarició como a un niño y volvió a besarme en la frente y cubrió mi cabeza con su cabello y yo con lágrimas en los ojos empecé a devolverle tímidos besos de gratitud en la cara y en el pelo y en la mano y me hubiera gustado decir algo pero ella no me dejó y volvió a taparme la boca con la mano hasta que renuncié a hablar.

Al cabo de una o dos horas me despertó, mi cuerpo quería más y yo estaba lleno de vergüenza, pero ella no me retuvo sino que murmuró, como sonriendo ven, toma y murmuró miren qué pequeño salvaje y sus piernas tenían un bronceado dorado y en los muslos tenía un vello rubio casi imperceptible, y después de volver a ahogar con la mano la fuente de mis gritos me levantó y me ayudó a ponerme la ropa y me sirvió agua fría de su jarra de barro cubierta por una tapa blanca y me acarició la cabeza, me acercó a su pecho y me besó por última vez en la punta de la nariz y me envió al frío del denso silencio de las tres de la madrugada de una noche de otoño. Pero cuando fui al día siguiente a pedirle perdón, o a rogar que se repitiera el milagro, dijo: Miren, está pálido como la pared, qué te ha pasado, tómame un vaso de agua. Me hizo sentar en una silla y dijo algo así: Mira, no ha ocurrido ninguna tragedia pero desde ahora quiero que todo vuelva a ser como era hasta ayer, ¿de acuerdo?

Me resultaba difícil cumplir su deseo, y seguro que Orna también lo notó, por lo que nuestras tardes de poesía con la música de Schubert, Grieg y Brahms en el gramófono se volvieron grises, y después de una o dos veces más, se interrumpieron, y su sonrisa sólo se posaba en mí de lejos, cuando nos cruzábamos por casualidad, una sonrisa llena de alegría, orgullo y afecto: no como una benefactora satisfecha de su buena acción sino como una pintora que mira el cuadro que ha pintado y, aunque ya se está dedicando cuadros a otros, aún está feliz por lo que han hecho sus manos y aún está orgullosa de recordarlo y contenta de poder contemplarlo de lejos.

Desde entonces me siento bien entre las mujeres. Como mi abuelo Alexander. Y aunque con el paso de los años he aprendido algo más y a veces he salido escaldado, sigo creyendo –como aquella tarde en la habitación de Orna– que en las manos de las mujeres se encuentran siempre las llaves del placer. La expresión «le ha otorgado sus favores» me parece justa y más acertada que otras. Los favores de las mujeres me provocan, aparte de deseo y exaltación, una ola de gratitud infantil y un deseo de postrarme ante ellas: quién soy yo para ser digno de tales maravillas. Te daría las gracias con asombro y admiración por una sola gota de agua, y ni que hablar por un mar entero. Y siempre como un mendigo en la puerta: la mujer es siempre más grande que yo y sólo está en su mano decidir si dar o no dar.

Tal vez sienta cierta envidia de la sexualidad femenina, que es mucho más rica, delicada y compleja, como un violín con respecto a un tambor. O quizá se trate del eco de un recuerdo primigenio de los comienzos de mi vida: un pecho frente a un cuchillo. Nada más venir al mundo me esperaba en la entrada una mujer a la que acababa de producir un gran dolor, y ella me recompensó con un tierno amor, devolviéndome bien por mal, y me ofreció un pecho. El sexo masculino, por el contrario, me estaba acechando a la entrada con el cuchillo de circuncidar en la mano.

Orna tenía unos treinta y cinco años, más del doble que yo aquella noche. Y fue como ofrecer un río de púrpura, carmesí y celeste, y perlas a un cochinillo que no sabe qué hacer con todo ello y por lo tanto sólo toma y traga sin masticar y casi se ahoga de tanta abundancia. Al cabo de unos meses, dejó su trabajo en el kibutz. No supe adónde había ido. Años más tarde, me enteré de que se había divorciado y casado de nuevo, y de que durante algún tiempo tuvo una columna fija en una revista femenina. Y no hace mucho, en Estados Unidos, después de una conferencia y antes de una recepción, entre un círculo abarrotado de gente que preguntaba y discutía, de pronto se me apareció Orna, con los ojos verdes, radiante, sólo algo mayor de lo que era en mi juventud, con un vestido claro abotonado, sus ojos brillaban con esa sonrisa que conoce los secretos, esa sonrisa seductora, compasiva y tierna, la sonrisa de aquella noche, y yo, como hechizado, me detuve en medio de una frase, me abrí paso hacia ella, empujé a los que se interponían en mi camino, aparté a la anciana aturdida que Orna llevaba en una silla de ruedas, la agarré, la abracé, pronuncié dos veces su nombre y la besé apasionadamente en la boca. Ella me apartó con delicadeza y, sin dejar de otorgarme el favor de su sonrisa, que me hizo enrojecer como un chico, señaló la silla de ruedas y dijo en inglés: es Orna. Yo sólo soy su hija. Desgraciadamente mi madre ya no habla. Y casi tampoco reconoce.